

El intelectual, el corazón y la piel

Iván de la Nuez

«**L**OS QUE HEMOS VIVIDO LA REVOLUCIÓN CUBANA, Lacabamos teniendo una piel muy dura.» La frase es de Antonio Benítez Rojo, y no cabe duda de que tiene razón: las revoluciones suponen un vórtice de avatares donde todo es trascendente hasta la extenuación. Dentro de ellas, cualquier individuo corriente adquiere una dimensión épica. Lo que en nuestro aburrido sistema «normal» y burgués es materia heroica —las guerras, las movilizaciones, las vidas extremas—, reservado a unos pocos elegidos, en las revoluciones alcanza una magnitud cotidiana que, ciertamente, endurece las cortezas de aquellos que viven en ellas. Si bien es verdad que fortalecen las pieles, no es muy seguro que las revoluciones endurezcan el corazón. Por el contrario, podría decirse que una revolución es sintomáticamente cardiaca, con una tensión arterial demasiado acelerada. El pasado dos de mayo, en Madrid, Jesús Díaz, que protagonizó, siempre en primera línea de fuego, los cuarenta años de la revolución cubana, desde la adhesión más furibunda hasta el desencanto más combativo, murió de un infarto mientras dormía. Así, lo que había aguantado su piel endurecida en cientos de polémicas, no fue capaz de soportarlo su corazón. Desde el centro de todas esas batallas, la labor creativa de Jesús Díaz estaba parcelada en tres espacios identificables —la literatura, el cine, el liderazgo cultural— y en dos épocas que señalan su apoyo a la revolución (1959-1991) y su oposición a la misma, en los once intensos años que vivió desde 1991 hasta el 2002.

En su era revolucionaria, Díaz alcanza una temprana notoriedad al ganar, con 25 años, el premio Casa de las Américas con un libro de cuentos, *Los años duros* (donde aborda el nacimiento revolucionario de una generación que despierta a la madurez con la llegada de Fidel Castro a La Habana), y llega a su clímax en *Las iniciales de la tierra* (una novela fundamental, donde esa misma generación, ya situada en el futuro, se ve obligada a repasar la diferencia

entre la realidad y la profecía revolucionaria). Esos *años duros* fueron especialmente ricos en su labor cinematográfica, en la que destacan el documental *55 hermanos*, a través del cual sigue el viaje a Cuba de un grupo de jóvenes crecidos en Estados Unidos pero que apoyaban desde el exilio al proyecto socialista cubano, así como su película *Lejanía*, que le dio un espaldarazo como cineasta y, asimismo, le granjeó una enemistad con parte del exilio cubano que tardó mucho tiempo en neutralizar. Su carrera cinematográfica incluye además, entre otras obras, los guiones de *Clandestinos* —una exitosa y bien construida película en la que regresó a la insurrección contra Batista— y la asesoría de *Alicia en el pueblo de Maravilla*, parábola esperpéntica del caos cubano, que se convirtió en una de las películas más polémicas de las producidas en la isla. Si su labor como escritor y cineasta fue, con los matices correspondientes, importante, no menos ejemplar fue su liderazgo cultural, con la fundación de las revistas *El Caimán Barbudo*, que dirigió, y *Pensamiento Crítico*, una revista de jóvenes filósofos, guevaristas, portadores del pensamiento de la entonces Nueva Izquierda, acaso criptotrotskistas, crecidos a la sombra del Che Guevara, el cual formó parte de su consejo editor.

Pese a su apoyo entusiasta y militante de la Revolución, a la que defendió más de una vez de forma furibunda y en ocasiones dogmática, Jesús Díaz también fue víctima de la maquinaria que, en buena medida, él había contribuido a formar. De este modo, conoció la censura como escritor —11 años aguardó en sus cajones *Las iniciales de la tierra*—; como editor —la inclusión de un artículo de Heberto Padilla en defensa de Guillermo Cabrera Infante provocó el cierre temporal de *El Caimán*, al tiempo que la muerte del Che, primero, y la posterior soviétización del país, provocaron la clausura de *Pensamiento Crítico*.

Con *Las palabras perdidas*, posiblemente su mejor novela, en la que a través de cuatro personajes consigue una metáfora de su generación y de las complejidades del huracán revolucionario, comienza un periodo de duda y desencanto que le llevan a la ruptura y el exilio: salida en 1991 a una beca en Berlín, polémica posterior con el escritor uruguayo Eduardo Galeano en Zurich, publicación de un artículo, «Los anillos de la serpiente», con el que rompe con el régimen cubano y por el que recibe una agresiva respuesta de las esferas oficiales cubanas, que no encajan su crítica y llegan a calificarlo de Judas y traidor. Esta ruptura traumática nunca fue superada por ninguna de las partes. El régimen cubano no perdonó lo que consideró alta traición en uno de los suyos. Jesús Díaz entró de lleno en una escalada de acción-reacción cuyas tensiones, quizá, no pudo soportar. Es, entonces, cuando se desplaza de Berlín a Madrid y, fiel a sí mismo, comienza a preparar su último y sin duda más ambicioso proyecto: la revista *Encuentro de la cultura cubana*, para dar cabida a intelectuales cubanos de casi todas las partes y posiciones. Durante este tiempo publicó, además, otras cuatro novelas, en la última de las cuales —*Las cuatro fugas de Manuel*—, calificada como una novela de no ficción, alcanzó los momentos de rigor y experimento literarios de sus mejores piezas.

He hecho este recorrido —seguramente conocido por muchos— para explicarme a mí mismo esta vida rica y complicada. Y porque, pienso, más de

una vez he repetido mentalmente el itinerario de esa vida para entender mis propias relaciones con Jesús Díaz; unas relaciones que él mismo calificó públicamente como «una amistad no exenta de polémica». Fue sin duda una buena definición para hablar de la amistad entre dos personas tercas que siempre tuvimos el orgullo, algo primitivo, de alardear sobre el hecho de que, entre nosotros, nunca había existido la diplomacia. A veces, Annabelle Rodríguez solía regresar después de un viaje o unas vacaciones y nos encontraba en una bronca con los teléfonos, los e-mail y todo lo que sirviera para comunicarse entre Madrid y Barcelona, ardiendo. Annabelle solía mediar y siempre repetía lo mismo: «No puedo dejarlos solos». Hoy Jesús Díaz ha muerto y la primera sensación es que ha sido él quien nos ha dejado un poco solos a nosotros. Después de nuestra última discusión, tuvo lugar el último encuentro. Ocurrió en Barcelona, pues Jesús pasó por encima de la trifulca y me pidió que presentara en esta ciudad su última novela. Allí, entre muchas otras cosas, contó que, en su vida alemana, cuando su hija Claudia decía en el colegio que su padre se llamaba Jesús, sus compañeritos se reían, pues no era normal que alguien llevara ese nombre. No he comprobado esa costumbre alemana, pero en todo caso me pareció muy extraña, dado que Jesús es el nombre del hombre y, por lo tanto, es algo que nombra, también, esa antología de defectos que somos.

Jesús Díaz prefirió siempre el vórtice de todas las tormentas, el centro de todas las guerras. No se dio un minuto de resuello ni se concedió la menor posibilidad de esperar a que amainara la tempestad. Todo lo contrario, como correspondía al intelectual comprometido que no pudo, ni quiso, dejar de ser, no dejó de construir y fustigar, de crear y criticar, de acertar y equivocarse. A cualquiera le hacen falta el doble de los años para desarrollar la creatividad que él alcanzó durante cuatro décadas. Muchos se hubieran conformado con una zona cualquiera de esa creatividad. La historia de la cultura cubana en la Revolución no puede escribirse sin el compromiso y la obra múltiple y abarcadora de Jesús Díaz. Lo curioso es que sin ella tampoco es posible escribir la historia del exilio cubano.